

— Es extraño. Sin embargo os expresáis de modo que revela que habéis viajado, vivido en varias partes...

— Mi país de origen es también montañoso como éste; — dijo Bernardo pensativo. — Yo soy bearnés. Su interlocutor se estremeció con violencia.

— Vuestro nombre, hijo mío, — demandó, — ¿queréis confiarme vuestro nombre?

— He cambiado de nombre a menudo. Sólo puedo deciros que en otro tiempo me llamaban Bernardo.

— ¡Bernardo! Pero... ¿Bernardo á secas?

— De Arma.

En este punto de su relato, lo interrumpió el herido para contestar afirmativamente á una interrupción de Matraca.

— ¿Segun eso, el joven árabe erais vos, señor caballero? había preguntado el ventrudo criado.

— Cosa fácil de adivinar, seor panzón, como fácil es que la cacerola de Satán nos reciba á vos y á mí, — dijo con su habitual amenidad Cortomontel.

Fiamma por su parte no despegó los labios: limitóse á oprimir ligeramente la mano del herido, que conservara entre las suyas, y enseguida le sirvió una tisana refrescante.

XIII

LA CAVERNA DE LA MUERTE

Bebió Sed de Amor algunos buches del brebaje que se le ofrecía; correspondió con otra á la presión de mano recibida, y luego de mirar tiernamente á su joven enfermera prosiguió su relato en estos términos:

Al oír el nombre de Bernardo de Arma el rostro del cheik se coloreó, y aunque el hombre era cristiano no pudo por menos de pronunciar estas palabras, muy usadas por los fatalistas musulmanes:

— ¡Estaba escrito!

Puso luego su caballo al paso, siguiéndole su joven compañero.

Ni uno ni otro parecían dispuestos á reanudar la conversación. Marchaban ambos en silencio ocupados en mantener sus monturas en la estrecha senda practicable de aquel camino de cabras, abismados en las reflexiones que sin duda les sugería su inopinado

encuentro y pensando tal vez en la conveniencia de estudiarse mutuamente.

El que acababa de darse el nombre de Bernardo de Arma preocupábase por encontrar una definición plausible del enigma viviente que acababa de ofrecérsele en la persona del hombre del rojo alboroz.

— ¡Quién sabe! — pensaba. — Diga él lo que quiera, este individuo puede muy bien ser algún lector del corán. Los sarracenos son muy ladinos. Su traje no prueba nada: también yo visto como un oriental aunque nada tengo de moro. Cierto que habla francés, y eso ya es más significativo. Yo creía ser el único en este país al corriente de esa lengua... ¡Es extraño, muy extraño! Tanto más cuanto que todo en él denota un hombre superior, acostumbrado al mando y á hacerse obedecer. ¿Quién puede ser? Sospecho que no he de saberlo como no se someta á mi interrogatorio. De que es un bravo no hay duda alguna. Acaba de realizar ante mis ojos una proeza que ha sido causa de que se ericen mis cabellos. Además, al parecer al menos, viaja sin armas... porque ni el palo que cuelga de su silla ni esos tres ó cuatro trozos de bambú cruzados en la perilla me parecen instrumentos propios para la defensa personal...

Por su parte el cheik agitaba febrilmente los labios, repitiendo en voz muy baja una á modo de oración:

— ¡Blanca! ¡Blanca!... decía. — Dulce mártir y amada compañera, ¡es él! ¡Oh, sí, es él! Tiene tu misma cara, santa mía; y también tu mirada, esa mirada que inundaba de luz mi corazón... Si no fuera

él, si no fuese tu hijo, ¿en virtud de qué milagro había de llamarse Bernardo? ¿Y qué sortilegio habríale puesto en posesión de una parte del otro nombre?... ¿El medallón? Me dices que vea si tiene un medallón... Si Blanca, lo veré, y sabré, pronto sin duda...

En este momento los dos jinetes llegaban á una especie de encrucijada en la que empalmaba un camino encajonado que seguía las caprichosas sinuosidades que los calores prematuros desecaron sin duda.

— ¡A la izquierda! — dijo el joven.

Y los dos penetraron en el lecho mismo del torrente.

Lejos, enfrente de ellos, abriase el camino ofreciendo á la vista la contemplación de un espléndido panorama; el de la verdeante llanura de Latakié.

Era aquella la hora en que en los climas tórridos la naturaleza parece salir de la soñolencia en que la sumió el ardor apasionado de los besos del astro rey.

— ¡Atención, hijo mío! — aconsejó de pronto el cheik. — ¿No te parece aquello sospechoso?

Señalaba al decir esto á un bósquecillo, un pequeño olivar polvoriento, por encima del cual tres ó cuatro cuervos daban vueltas volando pesadamente y lanzando de vez en cuando su grito monótono y quejumbroso.

— Sí; — contestó Bernardo; — no deja de ser chocante. Tal vez se ha dormido ahí alguien. En fin, avancemos un poco para salir de dudas.

Dieron en efecto aún algunos pasos, pero de pronto los caballos se plantaron temblorosos, los ojos saltones, llameantes los ollares.

Un rugido espantoso rompió el silencio augusto de la

naturaleza; algo se movió bajo los olivos, y los dos viajeros pudieron ver toda una familia de jaguares ocupada en devorar un jabalí.

El peligro era inminente, pero duró poco. Bernardo mató de un tiro al padre de la interesante familia, y el cheik hizo uso de su palo que disparó de una manera particular, y los golpes del cual acabaron en pocos momentos con el jaguar hembra y las dos crías.

Bernardo estaba estupefacto.

— Buen trabajo el de vuestra arma, — dijo, — señor...

— Bar Cobral. Y ahora decidme : ¿estamos aún lejos de la caverna de la muerte?

— No : se encuentra ahí, detrás de ese olivar.

— Tanto mejor; — dijo el cheik desmontando para recuperar su arma extraordinaria. — La caza que acabamos de hacer, si no suculenta, por lo menos es abundante, y nadie ha de impedirnos tomar un bocado.

Bernardo, cuchillo en mano, y luego de dejar en libertad á su yegua, ocupábase en despojar de su piel al más grande de los dos jaguares, y hubo de observar que tenía la frente partida. Entonces se hizo explicar por el cheik el manejo de aquel palo que disparado por él de cierto modo ocasionó tales destrozos. El hombre del rojo albornoz, complaciente, le dijo en qué consistía el *Cumerang* y cómo sólo entre manos muy expertas podía sacarse de tal arma buen partido.

Durante la explicación, que fué prolija y que por no juzgarla necesaria no reproducimos, el joven había acabado su trabajo y doblaba ya las pieles hábilmente separadas de las carnes.

— Ahora, señor Bar Cobral, — dijo levantando su pesada carga, hacedme la merced de atar á la silla de Djaulia — es mi yegua — lo poco ó mucho que los jaguares hayan dejado del jabalí y entremos en nuestra casa.

El anciano obedeció.

Dieron ambos la vuelta al pequeño olivar, y vieron entonces, medio oculta entre el follaje sombrío de un cedro, caído, pero aún con vida, la entrada de una gruta al parecer profunda.

Prendió fuego Bernardo á un trozo de madera resinosa y con él en la mano á modo de antorcha, penetró en la gruta, seguido de su compañero y de las dos monturas.

Luego de avanzar por un corredor, bastante estrecho, llegaron á una especie de sala inmensa, á la entrada de la cual detúvose Bar Cobral lanzando un grito, que hubo de arrancarle la admiración.

Lo nuevo, lo imprevisto del espectáculo que le fué dado contemplar, era en efecto para sorprender á cualquiera.

La sala era de bóveda tan alta como la de la más gigantesca basilica del mundo. Del suelo arrancaban, en forma de conos prolongados, numerosos pilares revestidos de brillantes estalactitas y colocados en arco de círculo, que iban á perderse en las insospechadas alturas del vacío entenebrecido.

Entre cada una de aquellas trombas solidificadas, y dominando monstruosos asientos de piedra, colgaban arañas gigantes de cristal tallado, de formas extrañas,

horribles. Y todas las piezas de aquella construcción de pesadilla parecían talladas en el mismo cristal porque en todas se reflejaba, y todas la reproducían hasta el infinito, la llama vacilante del trono resinoso, iluminando la ancha nave con claridad fantástica y cegadora.

— He aquí el domicilio por mí conquistado á los kurdos merodeadores; — dijo Bernardo. — Los hombres trabajan no poco para edificar casas que valen menos...

— Porque su genio no puede compararse al del Sumo-Hacedor, ni sus obras competir con las más ignoradas creaciones del autor de todo, — confesó Bar Cobral. — ¿Es esta la gruta de que me habéis hablado?

— La misma: esta es *la caverna de la muerte*, lo cual no impide que en ella se viva más á gusto que en parte alguna, como tendréis ocasión de ver. ¿Qué me decis del fresco que aquí se siente?

— Agradabilísimo; sin duda lo mantiene la fuente de que me habéis hablado...

— Desde aquí se la oye murmurar.

El agua cae en un recipiente tallado en forma de baptisterio.

Bernardo había reunido diferentes objetos de primera necesidad en el sitio mismo en que hubiera debido hallarse colocado el banco de obra de fábrica de aquella catedral prehistórica, y entre ellos los secaderos rudimentarios y los combustibles de que no puede prescindir un cazador de fieras.

Fué pues su primer cuidado el de encender un gran fuego; luego cortó un buen trozo de caza, suspendiéndola sobre la llama con ayuda de un garfio, y dejando

á Bar Cobral el encargo de vigilar el asado, tranquilo al ver que los dos caballos devoraban un buen pienso de saxífraga, ocupóse en tender las pieles de los jaguares, luego de rociarlas de talco bismutado.

El cheik seguía con ávida mirada todos sus movimientos.

— Me habéis dicho que procedéis de Francia, — exclamó, deseoso de poner en claro el misterio que rodeaba á su huésped. — Tal vez habéis nacido allí mismo...

— ¡Es posible! contestó el joven.

— Lo cual quiere decir que no estáis cierto.

— ¿Cómo he de estarlo, si ignoro todo lo que se relaciona con mi origen? Todo lo que sé es que cuando tenía yo pocos meses me encontraron aferrado al cuerpo de mi nodriza, muerta asesinada. Un viñador bearnés me recogió y aun me cuidó; pues la misma mano criminal que apuñalara á la pobre mujer, habíame herido á mí al mismo tiempo. ¿Quién era aquella mujer? ¿De dónde llegábamos los dos? Nadie lo sabía; no era posible ni aun presumirlo. Mi padre adoptivo consultó al bailío y también á un fraile viejo que gozaba fama de sabio; pero tanto uno como otro se declararon incapaces de descifrar el jeroglífico que sobre mí encontraron....

— ¿Un jeroglífico?

— Me refiero á un medallón, y á un pedazo de pergamino, arrugado y manchado, que no sé porqué me dejaron los asesinos de mi nodriza.

Bar Cobral habíase levantado al oír estas palabras.

— ¿Poseéis aún esas reliquias? — preguntó con emoción visible, aunque trataba de ocultarla.

Por toda contestación, Bernardo desengañó la cadenita que sostenía, pendientes de su cuello, el medallón y el saquito con el pergamino.

De ambos objetos se apoderó ávidamente el hombre del albornoz rojo, acercándose á la llama de la antorcha para examinarlos con atención, mientras Bernardo, persuadido de que esta nueva prueba no daría mejores resultados que las precedentes, llegábase hasta la fuente en busca de agua.

Hizo mal en alejarse. Precisamente en aquel momento en el semblante de su compañero se reflejaba una emoción tan intensa que no hubiera podido pasarle inadvertida, por lo que, como es natural, habríase apresurado á pedir una explicación de la misma.

En efecto, apenas había tocado las pobres reliquias cuando Bar Cobral se estremeció, apoderándose de él emoción hondísima á la lectura del pergamino.

— C... Bern... Armamorte... — decía leyendo á media voz.

Y enseguida hizo esta traducción detallada del incomprendible enigma :

— Carlos Bernardo — *arma, amor, morte...* ¡Son los nombres, Blanca! ¡Sus dos nombres!... ¡Y la divisa de nuestra familia : combatir, amar, morir!...

Besó religiosamente el pergamino pasando enseguida á examinar el medallón, á la vista del cual asomaron á sus ojos algunas lágrimas.

— ¡ Ah, Blanca, amada mía ! Objeto de mi desventura

y causa inocente de todos mis pesares, ¿por qué no estás aquí? Miralo, nada falta : *Angélica y Roger...* la pasión y la abnegación... ¿ *Cur non?* (porqué no), nuestro grito... todo está, todo, como en la piedra de mi sortija... Y también sus iniciales *B. C.*, la firma del gran Benvenuto Cellini... Sí, es la obra original del maestro... Y este niño... ¡qué digo niño! este arrogante mozo que tiene tu misma cara adorada, Blanca, idolo mío, es tu hijo, ¡nuestro hijo, Blanca! ¡Ah! Dios sea loado, puesto que le conservó la vida, puesto que se ha dignado ponerlo en mi camino haciéndome sorprender una conversación de Phtah, la bruja abominable... Juro, ya que le he encontrado, ayudarle á subir tan alto que nadie en el mundo, ni aun la misma Catalina la infame, pueda llegar hasta él... ¡Sé tú testigo de mi juramento, Blanca!

Bernardo regresaba en aquel momento.

— He aquí lo necesario para calmar nuestra sed ; — dijo colocando sobre una mesa de piedra la calabaza que acababa de llenar en la fuente. — Y puesto que el asado está á punto, vamos con él.

El trozo de carne asada fué puesto sobre un lecho de hojas secas.

Los dos hombres comenzaron á comer en silencio. Bernardo lo interrumpió poco después para preguntar á su huésped :

— Conque vamos á ver, señor Bar Cobral, ¿os han procurado alguna distracción esas reliquias?

— Sí, — dijo lacónicamente el cheik, quien había tenido tiempo de recobrar toda su sangre fría.

— ¿Sí? Entonces es que algo habéis puesto en claro...

— Tal vez.

— ¿Será posible? — exclamó Bernardo sorprendido.

— Tendría que ver que sea aquí, precisamente, á tan enorme distancia de...

— Hijo mío, — interrumpió el cheik — aún no habéis acabado de contarme vuestra historia. Veo ahí, cerca de vos una espada: ¿sabéis manejarla? Pero ante todo, decidme; ¿por qué habéis abandonado á vuestro padre adoptivo?

— ¿Por qué no me explicáis antes lo que?...

— No: vuestra historia ante todo. Luego, si así conviene, os enteraré de lo que he descubierto.

Bernardo se resignó.

En pocas palabras hizo el relato de lo que le ocurriera durante sus primeros años y retrató á sus parientes de adopción, el viñador Garrote y su heredero Matraca.

— Estas pobres gentes, — dijo, — considerábanme como de esencia superior á la suya; y con razón ó sin ella, fundándose en dos ó tres letras apenas visibles en ese mismo papel que acabais de examinar, en cuanto cumplí los nueve años comenzaron á llamarme respetuosamente, señor caballero.

El buen Garrote hacíame vestir como un señor, y por nada del mundo habría consentido en verme trabajar la tierra. Puede decirse que yo he vivido del trabajo suyo, porque su hijo Matraca, que tenía algunos años más que yo, no gustaba de nada que pudiese exigir esfuerzo alguno, y habíase improvisado de oficio

custodio y doméstico mío, doble ocupación en verdad poco penosa que desempeñaba todo lo bien que le era dado hacerlo.

¿Lo creeréis? Mi ociosidad me pesaba. Busqué el modo de ocuparme en algo y tuve la suerte de que un monje viejo quisiera interesarse por mí, enseñándome á leer y á escribir; todo lo que él sabía.

Por aquel entonces, en nuestras correrías por la montaña, hubimos de llegar alguna vez hasta el castillo de Briac, de que era dueño y señor el capitán Lanoue, Brazo de hierro, y que en ausencia de éste nos hizo visitar su maestro de armas, el señor La Fraicheur. Este observó las miradas codiciosas que yo echaba á espadas y floretes, y un día, por broma, me endosó una careta y puso en mis manos una espada.

Quedó estupefacto de mi acometividad, de mi ardor, de mi agilidad; á la primera lección siguieron otras muchas, hasta que una tarde, al quitarse la careta, enjugando su frente cubierta de sudor, me declaró el buen La Fraicheur que en los menesteres de la esgrima sabía ya tanto como él.

Tenía yo por aquel entonces mis catorce años. Cada uno de ellos, el 15 de febrero...

— ¿El 15 de febrero? — repitió Bar Cobral con voz grave.

— Sí: cada año, en ese día, Matraca y yo íbamos indefectiblemente á depositar algunas flores en la tumba de mi pobre madre.

— ¿De vuestra madre? ¿Y por qué el 15 de febrero?

— Porque fué en esa fecha cuando murió asesinada á la puerta de una casa extraña.

— ¿ En qué año ? ¿ No os acordáis también del año ?

— Sí por cierto : fué en 1568.

Bar Cobral inclinó la cabeza para ocultar su palidez.

Bernardo, que nada había observado, continuó diciendo :

— Por casualidad, en la que hay que ver sin duda la intervención de la Providencia, la última vez que hice esa piadosa visita, Matraca no pudo acompañarme y fui solo al cementerio, á la entrada del cual se hallaba acampada una cuadrilla de gitanos.

El buen Garrote los detestaba, y recuerdo haberle oído más de una vez acusar á esa gente de ser los autores del asesinato de « la mujer desconocida » como allí llamaban á la pobre muerta. Pero yo no podía acusar á nadie de nada, y la verdad, la prevención de mi padre adoptivo contra los gitanos me parecía un tanto exagerada.

He de confesar que no estaba en lo cierto. Figuraos que al salir descuidado del cementerio, y cuando menos lo esperaba, me vi de pronto, envuelto en espesa manta de lana, levantado del suelo como una pluma y transportado á un carro de doble fondo, sin que fuera posible defenderme ni llamar en mi auxilio á los buenos vecinos de Barbotan, porque el capuchón de lana ahogaba mis gritos.

En fin, ¿ qué he de deciros, que no hayáis ya adivinado ? Encontrábame prisionero de los malditos egipcios, á cuyo frente iban dos jóvenes de mi edad,

Rolando y Renato Mansour, á los que acompañaba su madre, una mujer verdaderamente hermosa, cuyo verdadero nombre ignoré siempre. Todo el mundo la llamaba la Gipsia.

Levantaron su campo aquellas gentes, y con ellas anduve por mar y por tierra durante días y semanas y meses, hasta que me vendieron á un bajá en un poblado de Tripoli.

Ocho meses hace que conseguí escaparme á lomos de Djaulia, la yegua más corredora de la harka del bajá... Y desde entonces vivo de la caza, siempre solo, vendiendo las pieles de las fieras que cazo con la esperanza de reunir una suma bastante fuerte para reintegrarme al Bearn donde los que me recogieron lloran tal vez mi ausencia...